

Revistas literarias de la izquierda marxista

FRANCISCO CAUDET ROCA
Universidad Autónoma de Madrid

El proceso político-cultural de signo revolucionario que en España fue tomando carta de naturaleza en los años treinta, proceso que abocó entonces a una efervescencia de ideas, a un denso y plural debate sin precedentes, no fue en absoluto casual ni espontáneo. Contaba con unos antecedentes, fue el resultado de una evolución de la sociedad y sus mentalidades que se remontaba, de manera más inmediata, a las dos primeras décadas del siglo XX. La originalidad y trascendencia de este proceso político-cultural, que tiene no pocos puntos de coincidencia con el que tuvo lugar por los mismos años en otros países europeos —y ello a pesar de que la sociedad española presentaba en el continente europeo, por hallarse en uno de los furgones de cola, muchas anomalías—, debe situarse en un contexto histórico.

Como ya señaló hace años Manuel Tuñón de Lara, el pensamiento revolucionario, cuyos primeros conatos se remontaban en y fuera de España al último tercio del siglo XIX, empezó una decisiva etapa de difusión, por lo que se refiere a España, entre 1917 y 1920¹. La tesis de Tuñón de Lara la avala Juan Díez del Moral en las primeras páginas de su clásico libro *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas*, donde hace estas puntualizaciones:

El año 1917 pareció iniciar en España uno de esos períodos convulsivos que de tarde en tarde interrumpen los profundos habituales letargos de la vida nacional. El manifiesto de las Juntas Militares, la Asamblea de los Parlamentarios en Barcelona y los motines del mes de agosto pusieron de manifiesto el hondo malestar que los reflejos de la Gran Guerra habían producido en el país².

Testimonio de la movilización que generó ese malestar en determinados medios intelectuales lo ofrece la revista *Cosmópolis*, donde se publicó, en 1919, precedido de la siguiente nota, el manifiesto fundacional de Claridad, de Henri Barbusse:

¹ Véase M. Tuñón de Lara, *Medio siglo de cultura española (1885-1936)*, Barcelona, Bruguera, 1982, pp. 281-337.

² J. Díez del Moral, *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas*, Madrid, Alianza, 1967, p. 11.

Así como existe una Internacional Obrera, algunos ilustres escritores, sabios y artistas quieren que haya una Internacional del Pensamiento [...]. A quienes este movimiento de ideas interese, que nos envíen su adhesión moral al grupo *Claridad*³.

En ese manifiesto se hacía, además de la defensa de la participación activa de los intelectuales en la nueva cultura que estaba surgiendo de la Revolución rusa, una crítica de las vanguardias, a las que se asociaba con el esteticismo insolidario, con el más absoluto desinterés por los problemas sociales. Se abría así un debate, que es el gran debate de los años treinta, en torno a la vanguardia, el compromiso y la militancia política. En otro pasaje del manifiesto de *Claridad*, publicado en 1919 en la revista *Cosmópolis*, se anunciaba el propósito de celebrar congresos internacionales de intelectuales:

Esta institución no tendrá sólo una existencia abstracta; será una realidad viviente, organizada. Como la Internacional Obrera, tendrá sus congresos y será un día una autoridad bastante fuerte para prevenir las grandes injusticias, para hacerse escuchar por los Poderes públicos y para participar verdaderamente a la realización armoniosa de un futuro mejor⁴.

El Primer Congreso Internacional de Intelectuales –primer antecedente de los que, en los años treinta, tuvieron lugar en la Unión Soviética, en Francia, en Estados Unidos y en España– se celebró, en Berna, en junio de 1920. Máximo Gorki publicó entonces el artículo «La Internacional de los intelectuales», donde, además de defender la necesidad del compromiso, puso como modelo el comportamiento de los intelectuales rusos⁵.

Cipriano Rivas Cherif, en sintonía con el manifiesto de *Claridad*, el manifiesto del grupo de Henri Barbusse, defendió en 1920 la necesidad de «borrar en la comunidad espiritual del trabajo esa diferencia absurda que separa la labor del obrero manual de la del intelectual»⁶. En la revista obrera *La Internacional*, también en 1920, planteó Rivas Cherif a los intelectuales las dos famosas preguntas de Tolstoi: «¿Qué es el arte? ¿Qué debemos hacer?». Valle-Inclán, uno de los intelectuales encuestados, contestó: «¿Qué debemos hacer? Arte, no. No debemos hacer arte ahora, porque jugar en los tiempos que corren es inmoral, es una canallada. Hay que lograr primero una justicia social»⁷. Cuando el 9 de julio de 1920 Pío Baroja publicó en *La Internacional* «La balada de los buenos burgueses», creó un escándalo tal que fue procesado. En esa balada eran lanzados contra la burguesía española sardónicos ataques y descalificaciones, que iban precedidos del irónico estribillo: «¡Viva el lujo! ¡Viva la alegría! Gozad, gozad, buenos burgueses; todavía no viene el bolcheviquismo»⁸.

La burguesía temía, en suma, al bolchevismo –término que alternaba en la época con las variantes *bolcheviki* y *bolcheviquismo*⁹–. Rusia y su revolución comunista (temas que debido a su candente actualidad no se podían fácilmente orillar) eran tratadas, en muchas ocasiones, con una

³ *Cosmópolis* 9 (1919). En Alemania, esta Internacional del Pensamiento se manifestó en torno a la revista *Die Aktion*, y en Italia, en torno a *L'Ordine nuovo*, donde colaboró Antonio Gramsci.

⁴ *Ibid.*

⁵ M. Gorki, «La Internacional de los intelectuales», *La Internacional*, 11 de junio de 1920.

⁶ Véase V. Fuentes, *La marcha al pueblo en las letras españolas 1917-1936*, Madrid, Ediciones de la Torre, 1980, p. 49.

⁷ Véase *La Internacional*, 3 de septiembre de 1920.

⁸ P. Baroja, «La balada de los buenos burgueses», *La Internacional*, 9 de julio de 1920, y véase también «Pío Baroja, procesado por injurias contra el rey», *La Internacional*, 16 de julio de 1920.

⁹ Véase E. Endérix, «La penetración de las ideas bolchevikis en España», *Cosmópolis* 1 (enero 1919).

intencionalidad descalificadora. Así en 1919, en la revista *Cosmópolis* se alertaba de los peligros de «las ideas bolchevikis». En 1920, Rafael Calleja, en el libro de título engañoso, *Rusia. Espejo saludable para uso de pobres y de ricos*, se había propuesto, echando mano de una amplia gama de argumentaciones, demostrar los peligros del comunismo¹⁰. Pero a pesar de éstas y otras resistencias, las ideas en torno a la revolución se fueron extendiendo en España. José Ruiz-Castillo Basala recuerda que en los años 1919-1920 un tal Tasin había llegado a Madrid tras haberse fugado de Siberia, adonde había sido deportado por el régimen zarista. Sus conocimientos de ruso y de español fueron aprovechados por la Biblioteca Nueva, y así, gracias a él y a otros traductores del ruso, fue posible que en el catálogo de dicha editorial figurara la muy oportunamente creada colección «Las nuevas doctrinas sociales». Esa colección incluyó títulos, de enorme interés por aquellos años, de ideólogos y escritores revolucionarios¹¹. La intelectualidad española reunida en torno a revistas que eran tribunas de debate cultural e ideológico fue progresivamente adentrándose en el mundo editorial, creando una suerte de cooperativas editoriales desde las que ampliaron el radio de acción de los debates de las revistas a un público proletario, principalmente urbano, que se estaba concienciando políticamente.

En 1927, un grupo de jóvenes fundó en Madrid la revista *Post-Guerra*. José Antonio Balbontín y Rafael Giménez Siles, dos de los más destacados activistas del grupo (les conocí a ambos respectivamente en Londres y en México), relacionaron la cuestión de los intelectuales con el fracaso de la sociedad burguesa, a la que culpaban tanto de los males sociales entonces existentes como del terrible belicismo que había assolado a Europa durante la Primera Guerra Mundial. Balbontín y Giménez Siles concluían en su artículo: «El interés histórico de los intelectuales exige que lleven a cabo, al lado del proletariado, la lucha contra la producción y la dominación burguesa»¹². Los jóvenes intelectuales que hacían la revista *La Antorcha* saludaron en esa revista el 1 de julio de 1927 la aparición de *Post-Guerra* con estas palabras:

Los grandes acontecimientos de la postguerra que han conmovido al mundo han hecho vibrar, al compás del sentimiento proletario, el pensamiento de una gran parte que no ha hecho de su intelecto una mercancía al alcance del mejor postor; de la parte que no está corrompida por los halagos y concupiscencias de la burguesía. A este grupo, el menos numeroso, pero el de más valor ideológico, pertenecen los editores de esta revista, que viene a llenar un vacío que ya se dejaba sentir en la literatura española.

Coincidiendo con la aparición de la revista *Post-Guerra*, el mundo estudiantil alcanzó un decisivo protagonismo histórico, pues sus enfrentamientos con el dictador Primo de Rivera decidieron su suerte final¹³. En torno a Rafael Giménez Siles, Wenceslao Roces, Graco Marsá, Juan Andrade y, entre otros, José Venegas, se crearon una serie de revistas juveniles, entre las que cabe destacar *Post-Guerra* (1927-1928) y la revista del mismo grupo que le precedió, *El Estudiante* (1925-1926), donde Valle-Inclán publicó una narración. Como la censura en tiempos del

¹⁰ Véase R. Calleja, *Rusia. Espejo saludable para uso de pobres y de ricos*, Madrid, Saturnino Calleja, 1920, pp. 108-109.

¹¹ Véase J. Ruiz-Castillo Basala, *El apasionante mundo del libro*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1979, pp. 14-15.

¹² J. A. Balbontín y R. Giménez Siles, «Los intelectuales, la clase obrera y la crisis de la burguesía», *Post-Guerra*, 25 de septiembre de 1927.

¹³ Véase F. Caudet, «Estudiantes y profesores contra la Dictadura de Primo de Rivera», *Las cenizas del Fénix. La cultura española en los años 30*, Madrid, Ediciones de la Torre, 1993, pp. 83-106.

general Primo perseguía a cuantas publicaciones tuvieran menos de doscientas páginas, porque pensaba que los españoles solamente eran capaces de habérselas con publicaciones de poca extensión, el grupo de Giménez Siles decidió que si querían hacer algo útil lo mejor era abandonar la publicación de revistas y dedicarse a editar libros¹⁴.

El grupo de *Post-Guerra* creó, en 1928, la Editorial Oriente. Su nombre ya indicaba a las claras que perseguía unas metas completamente opuestas a las expresadas, de manera no menos emblemática, en el título de la orteguiana *Revista de Occidente*. A partir de 1928 aparecieron varias editoriales escoradas hacia *Oriente*, es decir, hacia la izquierda. Entre esas editoriales: Historia Nueva, Cenit, Hoy, Ulises, Zeus... El libro empezó a desempeñar una función social y política que tuvo, aunque sea difícil de calibrar en toda su magnitud, una enorme incidencia en el proceso revolucionario que estuvo experimentando España en aquellos años. En ese proceso, Rusia, la patria de la revolución proletaria, y otros países –sobre todo Francia y Alemania, la Alemania revolucionaria– ocuparon un lugar igualmente destacado, como se puede comprobar por traducciones que en esas editoriales se hicieron. La cultura y la política habían empezado a bajar a la calle. Se había comenzado a producir un cambio de enfoque y perspectiva, un cambio que afectaba radicalmente a la manera en que se miraba y se interpretaba la realidad, y en consecuencia ese cambio estaba revolucionando las mentalidades y el lenguaje con que esas nuevas mentalidades necesitaban expresarse. A las nuevas mentalidades correspondía un nuevo canon estético. Pondré unos ejemplos sacados de revistas.

En el n.º 3 de la revista *Tensor* (dirigida por Ramón J. Sender), publicado en septiembre de 1935, aparecía un extenso texto titulado «Historia de un día de la vida española», que había sido escrito colectivamente por un grupo de intelectuales revolucionarios. En ese texto se decía irónicamente que en ese día de la vida española, que era el 27 de septiembre de 1935,

no sucedió ningún acontecimiento nacional de los que forman la base especulativa de los historiadores académicos. No ha quedado preñada ninguna reina, por lo menos en España; no ha tomado el capelo ningún arzobispo; no ha lanzado proclama alguna ningún general. Pero por eso no vamos a decir que el día 27 careció de relieve. El relieve está en otros hechos y es a ellos a los que nos encaminamos.

Luego, partiendo de una concepción marxista de la historia, se detenían los anónimos autores en los verdaderos hechos, los que realmente determinan el curso de la vida:

Y son hechos simples, desnudos, directos. El campo maravilloso de Levante, trabajado por jornaleros y pequeños agricultores. Con las imágenes del agua en regatos, del sol en las naranjas, de la canción en el aire, iría el hambre de las chozas y las barracas... Con el olivo, el trigo y la vid andaluces, la escasez del pan, del aceite y del vino... Con la fiebre creadora de los altos hornos, de las hilaturas, de las grandes industrias, el desánimo siempre alerta de los explotados. Con el silencio de las cárceles, la alegre esperanza de la calle, del taller, del Sindicato y la seguridad del gozne amigo.

En los medios oficiales, hasta los últimos momentos del reinado de Alfonso XIII, dominaba todavía la idea convencional de la cultura como producción artística y literaria, restringida a las clases que habían podido aprovecharse del sistema educativo, excluyendo así al proletariado, que, como el

¹⁴ Véase J. Venegas, «La Revolución española y los intelectuales», *Nosotros*, Buenos Aires, (marzo / abril 1932).

pueblo español en general, estaba sumido –las estadísticas son terriblemente elocuentes al respecto– en la pobreza y en el analfabetismo. Así las cosas, en los años de la República y de la Guerra Civil, la palabra cultura alcanzó un enorme protagonismo y si, de un lado, se erigió contra la ya mencionada vieja concepción burgués-elitista, de otro, se politizó, llegando a representar la suma de todos los valores que se defendían contra el fascismo. En enero de 1935, en el editorial del n.º 1 de *Nueva Cultura*, una de las grandes revistas de los años treinta que estaba en la misma línea que la revista *Octubre*, se destacó ese «nexo dialéctico» existente entre la cultura y «los hechos sociales de la vida real»:

Estableciendo un nexo dialéctico con los hechos sociales de la vida real –en ligazón estrecha con el desarrollo de las condiciones indispensables a la creación de nuevas formas de convivencia humana– nuestra unidad ideológica se realiza en un sentido colectivista, conforme a las exigencias imperativas de todo desarrollo cultural en los tiempos presentes.

Arturo Serrano Plaja, en «Homenaje a J[uan] R[amón]», *Frente Literario*, mayo de 1934, se expresaba también en parecidos términos:

Queremos volver a la humanidad como íntimo suceso de nuestro vivir. Filosóficamente, ya se ha criticado y analizado bastante; ahora queremos *hacer*. Poéticamente también nos hemos aislado suficientemente y nos hemos *sentido*, más que demasiado.

Queremos salir, queremos sentir a los otros y que esos otros nos den, sin saberlo, una nueva poesía, aunque nos la entreguen manchada, sucia, de sangre y de miseria.

Ramón J. Sender, en «El novelista y las masas», artículo publicado en mayo de 1936 en *Leviatán* (revista de la fracción marxista-leninista del PSOE, dirigida por Luis Araquistáin), llegaba a las mismas conclusiones:

La posición del novelista ante las masas es el gran problema de la novela de hoy. Ya sabemos que no es posible una labor de creación de espaldas a ellas. En ellas está el principio activo, como está el «radium» en las canteras de mineral. La labor del genio, del novelista genial de nuestro campo, que saldrá un día, será aislar ese principio y acondicionarlo establemente en sus obras.

Rafael Alberti publicó, en enero de 1930, la «Elegía cívica». Era su primera y muy personal alabada, anunciadora de la ruptura político-estética que caracterizaría su obra a lo largo de la década de los treinta. El poema de Alberti estaba henchido –según decía por aquellos años Xavier Abril– «de intuiciones sobre la suerte y descalabro que iba a correr el régimen de opresión monárquico-dictatorial...»¹⁵. Ese nuevo discurso albertiano aparecía nuevamente en aquel entonces cuando con ocasión del estreno de *El hombre deshabitado* (febrero de 1931), gritó: «¡Viva el exterminio! ¡Muera la podredumbre de la actual escena española!»¹⁶. Expresó también la rebeldía, ahora de manera políticamente más definida, en *Fermín Galán* (junio de 1931), obra en la que hizo a la Virgen declararse republicana y defender con un fusil dicha causa. Incorporó Alberti en su *Fermín Galán* numerosas coplas populares que había oído de niño en Cádiz. Como ésta donde el «yo» es la Virgen:

¹⁵ X. Abril, «Poesía y revolución», prólogo a Rafael Alberti, *Consignas*, Madrid, Ed. Octubre, 1933, p. 2.

¹⁶ Véase E. Montero, prólogo al libro *Octubre: Escritores y artistas revolucionarios*, Vaduz, Liechtenstein, Topos Verlag AG, 1977, p. XI.

Republicana es la luna
republicano es el sol
republicano es el aire
republicano soy yo.

En 1931, Rafael Alberti y María Teresa León, becados por la Junta de Ampliación de Estudios, emprendieron un decisivo viaje a Francia, Holanda, Alemania y la Unión Soviética. Después de pasar unos meses en París, fueron en agosto de 1932 a Amsterdam, donde participaron en el Congreso Mundial contra la Guerra, presidido por Henri Barbusse. Entró Alberti entonces en contacto con un problema, el peligro de la guerra europea, que obsesionaba a la izquierda y que, poco después, ocupó un destacado protagonismo en la revista *Octubre*. En Berlín, adonde se trasladó en mayo de 1932, se relacionó con los intelectuales revolucionarios alemanes del periódico *Die Rote Fahne* y la revista *Die Linkskurve*. En diciembre de 1932 emprendieron viaje a Moscú, en donde establecieron los comienzos de una muy estrecha relación con intelectuales de la Unión Internacional de Escritores Revolucionarios. En 1933, de regreso a España, hicieron nueva escala en Berlín, en donde fueron testigos –como recuerda María Teresa León en *Memoria de la melancolía*– de brutales actos de antisemitismo nazi¹⁷. En abril de 1933 se hallaban nuevamente en Madrid y en una entrevista aparecida en *El Imparcial*, el 23 de abril, declaró Alberti que estaba escribiendo los versos del libro *Consignas* y preparando la revista *Octubre*, cuyo número cero se publicó el 1.º de mayo de 1933.

En la declaración de principios aparecida en el número cero de *Octubre*, los que anunciaban la revista se solidarizaban con la Revolución rusa y asumían como propios los principios generales aprobados en el Congreso General de Literatura Revolucionaria celebrado, en 1930, en Kharkov. Por otra parte, se anunciaba en esa declaración que *Octubre* era en España, a partir de entonces, el órgano oficial de la Unión de Escritores y Artistas Revolucionarios (UEAR).

En ese número cero publicó Rafael Alberti el poema «S.O.S.»:

6 millones de hombres,
12 de manos muertas,
de ojos descerrajados
por la angustia,
la miseria y el hambre
que agrandan por las noches
la invasión de las horas
lentas del odio y el insomnio [...].

Los parados del mundo se levantan,
crecen,
se empinan los parados como el mar,
se derrumban,
se levantan
y crecen.

La influencia de la Unión Soviética resultaba también evidente en el título de la revista, un inequívoco homenaje a la Revolución de Octubre, así como en los versos de *Consignas*, pero ello no fue impedimento para que también hubiera, tanto en la revista como en el libro de poemas, una influencia alemana.

Antonio Machado, en el n.º 6 (abril de 1934) de *Octubre* había publicado «Sobre una lírica comunista que pudiera venir de Rusia», en donde rompió una lanza en pro de la nueva poesía

¹⁷ Véase M. T. León, *Memoria de la melancolía*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 1999, pp. 287-289.

de inspiración soviética. Aun cuando, desde luego, las reflexiones de Machado estaban entrelazadas de consideraciones idealistas y espiritualistas, hay que subrayar el que hubiera estado alerta a esa lírica y a algunos de los problemas que pretendía resolver. Luis Cernuda, en ese mismo n.º 6 de *Octubre*, había publicado el poema revolucionario «Vientres sentados», del que me limito a reproducir parcialmente las dos últimas estrofas:

Arrastrando consigo vuestro trasero y vientre
vuestra triste persona que mancha el aire
el aire limpio y justo
donde hoy nos levantamos
contra vosotros todos
contra vuestra moral contra vuestras leyes
contra vuestra sociedad contra vuestro dios
contra vosotros mismos vientres sentados
con una firme espiga
a quien su propia fuerza empuja desde la tierra
para que se abra el sol
para que dé su fruto
fruto de odio y de alegría
fruto de lucha y de reposo.

La verdad está en la lucha y en ella os aguardamos

vientres sentados
vientres tendidos
vientres muertos.

Y en el número 4/5 de *Octubre* aparecía una nota de Luis Cernuda, en donde, bajo el epígrafe «Los que se incorporan», declaraba su intención, precisamente, de incorporarse al movimiento revolucionario:

Llega la vida a un momento en que los juguetes individuales se quiebran entre las manos. La vista busca en torno, no tanto para explicarse la desdicha como para seguir con nueva fuerza el destino.

Por su parte, en el editorial del número 1 de la revista *Línea* (29 de octubre de 1935), se hacía esta declaración de intenciones:

Línea no es periódico de un partido político, como tampoco es el órgano de una sindical obrera [...]. *Línea* se propone, ante todo, hacer luz sobre los hechos y problemas de la vida social de España, especialmente sobre aquellos que con más frecuencia se silencian.

Línea va a ocuparse de los sin trabajo. De aquellos que son las víctimas de nuestro tiempo. De los que en el curso de esta crisis social han sido abandonados en la ruta. Este periódico se ocupará de sus familias, de sus hijos, de su pan material y de la escasa atención que se les ha prestado para sus necesidades culturales.

La cultura española de los años treinta, la que se decantó por la revolución, encontró sus soportes ideológicos en torno a asociaciones internacionales de escritores y artistas de inspiración soviética. En el Ateneo de Madrid tuvo lugar en junio de 1931 un acto en el que F. Fernández Armesto expuso por vez primera en España el programa de la Asociación de Escritores Revolucionarios y Proletarios. En la Unión Soviética, a mediados de 1932, fueron invitados todos los escritores, con independencia de su origen y de su afiliación política, a incorporarse a la Unión de Escritores Soviéticos y, al mismo tiempo, el Kremlin formulaba su propia doctrina literaria, el realismo socialista. Se creó entonces un nuevo frente intelectual en el que iba a haber numerosos compañeros de viaje. Esa decisión supuso un golpe para las hasta entonces dominantes tesis de los escritores y artistas proletarios. Una de las más importantes consecuencias del final del *Proletkult* fue la proliferación fuera de la Unión Soviética de Asociaciones de Escritores y Artistas Proletarios (AEAR), que contaban, cada una de ellas, con revistas. En Berlín, la Liga de Escritores Alemanes Proletario-Revolucionarios se adelantó a los demás países europeos, fuera de la Unión Soviética, al fundar en agosto de 1929 la revista *Die Linkskurve*. En París, la AEAR fundó, en julio de 1933, la revista *Commune*. En junio-julio de 1933 apareció en Madrid *Octubre*, portavoz de los Escritores y Artistas Revolucionarios de Madrid. La Associació d'Escriptors i Artistes Revolucionaris de Barcelona publicó en mayo de 1934 *Full Roig*. La sección valenciana de la AEAR, que había hecho el llamamiento fundacional en mayo de 1933, empezó a publicar, en junio de 1935, *Nueva Cultura*... La Unión Soviética había conseguido, por tanto, extender su radio de influencia en varios países europeos, entre los que hay que destacar, de manera muy especial, Francia y España, pues en ellos la AEAR (que se denominó, a partir de 1935, Alianza de Intelectuales para la Defensa de la Cultura) celebró dos congresos, el primero en París, en 1935, y el segundo, en Valencia-Madrid-Barcelona, en 1937. Durante esos mismos años treinta aparecieron también en España varias revistas revolucionarias, como las tituladas *Comunismo*, *Bolchevismo*, *Nueva Era*, *Nuestro Cinema* o el periódico *Mundo Obrero*. Se pueden espigar ahí análisis y debates sobre las relaciones de la política y la cultura.

Tras el comienzo de la Guerra Civil, los intelectuales de la Alianza se volcaron a escribir y a recoger romances que publicaron en *El Mono Azul*, revista cuyo primer número apareció el 27 de agosto de 1936. *El Mono Azul* tenía como antecedente a *Octubre* y a las revistas españolas y extranjeras que habían estado en sintonía con lo que exigía el tener que hacer frente, desde la izquierda marxista, al fascismo.